

tabilidad furibunda, especialmente si su conciencia sacerdotal, su influencia de ministro divino van en ello interesadas.»

Y como si su alma hubiese querido completar estas ideas, preguntó á doña Mónica:

—¿Tardará mucho en volver tu hermano? ¿Sabes dónde ha ido?

—A casa de Su Eminencia... Debe estar fuera hasta despues de las siete.

Aquello era otra cosa. Antes de las siete, por mucha que fuese la facundia del conde, se le habria agotado, y como en él permanecer silencioso era imposible, se despediría para ir á otra parte, donde pudiese renovar el tema de sus monólogos. Mas ¡cual no fué la impaciencia, la contrariedad, la ira, sí, la ira de doña Ana, cuando dijo Acisclo:

—Hoy tenemos invitado al conde á ayunar en nuestra mesa.

—¿Come con nosotros?—preguntó Ana, con la misma entonacion que hubiera preguntado: «¿Nos vamos á morir de repente?»

Y advirtiéndola, antes que nadie, lo extraño é inconveniente de sus palabras, repuso:

—¡Cuánto me alegro!

Mónica, por su parte, miraba la chimenea, y hería el suelo con el inquieto pié. Tanto pequeño inconveniente era demasiado, y empezaba á encontrarlos intolerables. En buena hora, que, para satisfacer el deseo de doña Ana, hubiera urdido aquel engaño inocente,

destruyendo con una astucia de mujer todos los planes, cálculos y proyectos de su hermano, respecto á que la señora de Añorbe no pudiera encontrarse con la Cigarrilla. Semejante sacrificio de su carácter leal en el altar de la mentira era disculpable, pues le demandaba el corazón estremecido de una madre.

Pero aquellas dificultades impensadas, no previstas, del tamaño de un grano de arena, que se le oponian en su camino, entorpecíndosele como si fuesen peñascos, montañas, Pirineos, Himalayas... ¡Vamos que no podía resistirse! Ganas le daban de soltar el trapo á llorar, dejando libre aquel rebaño de lágrimas que, goteando por dentro de sus ojos, pedían salida franca. ¡Ella, que era la sencillez en forma humana, haciendo papelillos de comedia! ¡Ella, que jamás sintió cosa que no dijese, y que jamás dijo cosa que no fuese natural y esperada por todos, estar abrasándose con las alternativas de un suceso tan grave, disimulando su pena infinita, ocultando su azoramiento! Superior era á sus débiles fuerzas de mujer.

El conde seguía hablando. La política, el último drama puesto en escena, la suerte de recibir ejecutada por Frascuelo en la última corrida extraordinaria de toros, todo fué objeto de su exámen. El buen señor decía sus gracias, y se las reía, escuchándose á sí mismo con admiración propia. Nada mas curioso

para el observador que seguir atentamente los giros, rodeos, mudanzas y circunvoluciones de una conversacion, estudiar los, al parecer, ilógicos enlaces de una idea con otra, y asistir, detrás del lente experimental del análisis, á esa maravillosísima generacion de los pensamientos. Como el del Bajo-Imperio pasó de una censura de los dramas realistas, que pintan la fisonomía criminal del hombre, á las elecciones de diputados que se preparaban; de esto á un robo de consideracion ejecutado la noche anterior; de esto, al alza y baja de la Bolsa; de esto, á lo que se decia de cierto bolsista, casado con una mujer muy hermosa, y, por último, de esto, á un sermon moral, con doctrina de Astete sobre el adulterio, constituye una série de observaciones llenas de enseñanza, que no dudo llegue á formar con el tiempo una ciencia altamente profunda y útil. No siendo esta ocasion para sentar sus principios capitales, diremos sólo que, rodando de tal suerte el monólogo del señor conde, vino á dar en la caza. La caza era el punto de reposo del conde; de cuarto en cuarto de hora aprovechaba cualquier coyuntura, cualquier ejemplo, cualquier palabra, para echar su parrafillo sobre el gran placer de Esaú. Hé aquí como dijo:

—¿Ha visto Vd. las escopetas del nuevo sistema D'Arllington que han recibido en la tienda de Espadiféro?

—¡Vaya, conde!—replicó Añorbe.—Usted me toma por un aficionadillo reaccionario, de esos que aún van á cazar con la escopeta de piston y con baqueta de palo... No sólo he visto esas escopetas, sinó que acaban de traerme una.

—¡Hombre! Magnífico: enséñemela usted.

—Con mil amores... Venga Vd. á mí despacho.

¡Oh, feliz casualidad! Ana miró á Mónica, y díjole en una ojeada:

—«¡Benditos sean Dios y las escopetas, que nos proporcionan la ocasion de librarnos de este par de pésados.»

En efecto; don Aciselo y el conde salieron de la sala, y doña Mónica exclamó, levantándose de su asiento para acercarse á la de Añorbe:

—¡Jesús mio! He pasado un apuro atroz. Pensé que no te dejarían sola... Está ahí... Mira como he cumplido mi palabra... ¡Jesús, Jesús! He pasado una tarde terrible...

—¡Vamos corriendo!—interrumpió Ana, levantándose tambien.

Su rostro expresaba la ánsia, la curiosidad, el temor; todo junto.

—Pero antes de que la veas, te repito lo que tú me has prometido. No consentiré que te dejes llevar de tus sentimientos de madre y me pengas en algun compromiso... Además, Pedro vendrá á las siete, y entonces hemos de

haber vuelto á casa Soledad y yo... ¡Dios santo de Israel, si regresa antes de haberlo hecho nosotras; si nos encuentra aquí!... Quisiera mejor que se hundiese el cielo y nos aplastase á todos.

Ana miró hácia arriba, como para poner á Dios por testigo de que era cierta su exclamación.

—Todo te lo prometo, todo—repuso doña Ana, al mismo tiempo que salía de la estancia.

Aun no conocemos nosotros físicamente á esta señora, y tiempo es ya de que intentemos su retrato. Añádase á lo ya dicho de su prematuro encanecimiento, unã palidez intensa, nacida de la enfermedad; unos ojos negros, llenos de luz y ardor; una boquita pequeña, de labios descoloridos; unos dientes menudos, una nariz recta y delgada, un cuello robusto y blanco, un seno bien proporcionado, y que, aún debajo del vestido suelto de casa, delataba su gentil curva hermosa una cintura estrecha y un pié largo, elegante; y despues de unidas todas estas cosas, y distribuidas convenientemente, haced con el conjunto una estatua viva, escribid en el pedestal el nombre de doña Ana, ó si no sus equivalentes de «Hermosura, desgracia,» y estad seguros de que nadie ha de poner en duda la exactitud de la copia.

Atravesaron las dos amigas un largo corredor, cuyas ventanas cerraba un criado, pue,

entonces anocheceia, y llegaron al salon llamado de la niña: entraron dentro. La oscuridad era completa; el silencio absoluto.

—Hace falta una luz,—dijo doña Mónica.— ¡Soledad! ¿Dónde estás?

Nadie respondió á estas palabras.

—¡Dios mio!—exclamó la anciana.—¿Dónde se ha metido esta chica?

Tambien quedaron sin respuesta las nuevas palabras de doña Mónica.

—Pero ¿qué sucede?—exclamó doña Ana.— ¿No estaba aquí? ¿No la dejaste tú misma en este salon?

—Sí; yo misma la dejé... pero...

Recorrió la estancia tropezando con los muebles y haciéndose daño al chocar con las sillas, butacas y veladores que por todas partes, la salian al paso.

—¡Soledad!—repitió.

—¡Soledad!—dijo doña Ana, con voz angustiada.

—Es necesario una luz,—añadió Mónica.— Llamemos...

—No; yo misma iré por ella.

Y doña Ana salió hácia su gabinete en busca de una luz.

—¡Soledad!—dijo por tercera vez doña Mónica.—¿Dónde te has metido?

Con sus manos palpaba los muebles, para cerciorarse de que no estaba en la habitación la niña. Apareció en la puerta la claridad de

dos bugias, y trayéndolas, vióse entrar en el salon á doña Ana aún mas pálida que de ordinario lo estaba, con el noble semblante demudado, y agitado el lábio por convulsivo temblor.

Allí estaba la Cigarra. Allí estaba tirada sobre el suelo, como un muñeco de trapo á quien sacaran del cuerpo los alambres que le sostenian. Su carita de rosa daba contra la alfombra, y sus manos, cruzadas sobre el pecho, decian que el síncope habia suspendido una oracion en la boca de la infeliz criatura.

—¡Qué horror!—balbuceó Ana, dejando, ó mejor expresado, arrojando sobre el mármol de la chimenea el candelabro, que produjo un ruido metálico al tropezar con la piedra.—¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Dios mio! Solita, Sola, Soledad,—dijo á media voz Mónica, arrodillándose junto al cuerpo de la cantora, y tratando de levantarla.—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

Tambien se arrodilló Ana y abrazó la delgada cintura de Solita, besando su frente con amor.

—¡Ah, hija mia!—exclamó llorando.—Soy una mujer vil y despreciable. Yo he cometido una falta, y tú, inocente fruto de ella, eres quien la pagas.

—¿Llamaremos?—añadió despues, mirando á Mónica.

—¡Hija! Yo no sé qué decirte. Es preciso auxiliar á esta niña. Tómala el pulso... No late... No hay movimiento en las venas... Pon la mano delante de su boca... ¡No respira! ¡Jesús mil veces!

—Ayúdame á levantarla, y la echaremos sobre ese sillón.

Así lo hicieron, y bien pronto la personita desmayada de Soledad yacia en una butaca.

—Abriguémosla con algo... Que entre en calor... Esto no debe ser sinó un accidente pasajero,—afirmó la hermana del capellan.

Quitóse doña Ana el grueso pañuelo alfombrado con que cubria su gallardo cuerpo, y dejóle caer sobre la Cigarra. Esta se movió entonces, abrió las manos, acercó una de ellas á su frente, y despues sus ojos experimentaron un parpadeo, como luz que quiere brillar y se apaga.

—Solita, niña mia,—dijo doña Mónica, acercándose á la muchacha.—¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás mejor?

Entonces acabó de tornar á la vida. Abrió los ojos y puso su mirada acariciadora y doliente en las dos mujeres.

—¡Pobre Soledad!—añadió con voz profundamente conmovida y trémula doña Ana.—¿Has sentido frio? ¿Te has puesto mala de eso?

La Cigarra miró de nuevo á las dos señoras, é incorporándose repentinamente, balbuceó:

—¡Ay, señoras... doña Mónica! ¡Soy una torpe, una... Vds. que son buenas me dispensarán! ¡Me he desmayado, me he llenado de pena... No... no ha sido eso... Yo no sé decir lo que me ha ocurrido... Vds. me perdonarán.

—¡Cómo!—dijo enternecida la de Añorbe.— ¡Te has desmayado, dominada tal vez por el frío, y al recobrar la voz y el sentido tus primeras palabras son para pedirnos perdon?.. ¡Perdon! ¡De qué?

—¡Madre divina! ¡De qué ha de ser? De haberme caído al suelo; de que cuando Vds. han venido no estaba como debía, sinó tirada ahí, al modo de un perro.

—¡Que alma es la tuya, angelito!—exclamó doña Ana, apoderándose de las manos de Sola para besarlas.

La Cigarra miró atentamente á su favorecedora, y el reflejo de la luz la obligó á cerrar los párpados. Experimentaba un extraño peso en la cabeza, y hacía la nuca dolor muy vivo y penetrante; irradiaciones de calor, oleadas de fuego que, inflamando su cráneo, llegaban hasta el rostro. Sus manos y sus piés ibanse quedando al mismo tiempo helados, y el corazón le saltaba violentamente en el pecho. Tuvo que dejar caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca, y en aquella postura, con la boca entreabierta por la contracción especial de los músculos del cuello, el delicado seno

en escorzo y las pupilas medio entornadas, parecía simbolizar vagamente ideas de martirio, de debilidad vencida, algo de flor mística arrancada de la planta madre, de ángel derrocado del cielo, de pájaro herido en las álas.

Mónica volvió á consultar el diagnóstico del pulso, poniendo su flaca mano sobre las sienas de la Cigarra.

—Tienes algo de fiebre... ¡Vamos á casa! Es preciso que te acuestes.

—¡Y quieres llevártela tan pronto?—dijo con enérgico acento Ana.—¡Quieres que ya se vaya? No, no se irá; por lo menos mientras esté mala.

—Pero, criatura... ¿Y si viene?...

—Si viene... que venga...

Gran razon debía ser aquella para Ana; pero doña Mónica movió la cabeza, negando su poder convincente.

—¡Vaya! ¡Vaya! Anita... No me obligues á recordarte lo que me prometiste.

—Lo que te prometió, no significa nada. Ya está olvidado. Si tú no fueras una mujer... una mujer sin criterio, si tuvieses aposentado en los sesos un sólo grano de sentido comun, no habrias faltado á mis órdenes, ni habrias dado márgen á esta escena, que yo trataba de evitar.

¡Horror! Quien hablaba así era el mismo D. Pedro Hernando de Cifuentes, llamado tam-

bien padre Hernandito, capellan de las monjas Teresas. Él, era él quien llegó á casa de Añorbe á las seis y media, pues su visita al prelado fué mas breve de lo que solia. Entró en el recibimiento, y un criado le guió al cuarto de la señora. Allí no habia nadie; pero D. Pedro vió luz en el salon de la niña y á él encaminó sus pasos.

—¡Pedro!—dijo asustada Mónica.—¿Cómo viniste tan pronto?

—¡Dios lo ha querido! para que pusiese remedio á la gran tontería que tú cometiste.

—D. Pedro, padre mio. Toda la culpa de esto es mia—replicó Ana.—Yo, que no he tenido valor para afrontar su cólera de Vd., y que tampoco podia dominar mis sentimientos; yo... que...

—¡Bueno! De eso hablaremos mas tarde—repuso el clérigo con mucha calma, y quitándose el sombrero, que hasta entonces habia conservado en la cabeza.—Ahora urge que nos vayamos... Solita, hija mia. Arrópate bien, y dame la mano.

—Pero, padre, ¿cómo quiere Vd. que salga á la calle estando enferma?

—¿Enferma?

Explicaron entonces al padre Hernandito lo que habia acaecido, y mucho le apenó la indisposicion de la Cigarra.

—Vosotras teneis la culpa. Tú, con tu cariño loco y egoista...

—¡Egoista!—repitió Ana, como si no entendiese el valor de aquella palabra.

—Sí, egoista; y tú, hermana, con estas officiosidades imprudentes. Solita está asustada, llena de miedo. Suceden á su alrededor cosas que no comprende. Vive en un círculo de misterios, y nadie se los explica, antes bien todos tendemos, por diabólica fatalidad, á entenebrececer mas y mas las nubes que la rodean.

El mismo señor cura con sus explicaciones aumentaba las dudas de la niña. Oia, oia la pobre, y no osando preguntar, mil suposiciones lúgubres entraban en su alma. La pobre Cigarra, despues de sufrir en el cuerpo todos los dolores de un viaje como el suyo, cuando llegaba con los piés llagados, el pecho dolorido de cansancio, las piernas temblonas y su sér físico todo abrumado con el prodigioso esfuerzo, obligábanla á emprender otra caminata con su espíritu por el desierto de la duda, desierto inhospitable y árido, donde sólo encontraba fantasmas que la hacian visajes y sombras burlonas que la preguntaban con inaudita voz por su suerte.

—¡Padre!—dijo Ana.—Yo le suplico á usted que no se lleve á Solita. ¡Yo se lo suplico á usted!

—¡Súplica vana!—repuso él.—Mi plan está formado. Mi línea es la línea recta. La curva es la línea del laberinto, y en todo laberinto hay un mónstruo: el de lo desconocido.

—Pues yo tengo derechos que alegar contra esos planes. Lo que Vd. cree línea recta es una línea curva; lo que Vd. cree honrado es una infamia. Solita quedará conmigo.

—¡Ana!

—Únicamente mientras se pone buena; en tanto que se restablece... Padre Hernandito, medítelo Vd.: ¿no sería un crimen sacar á la calle á una niña que acaba de volver en sí de un desmayo?

—¡Como está tan cerca mi casa!—observó D. Pedro.

—Cerca está, pero no hay necesidad de que salga á la calle... Mire Vd., mire Vd. Tiene fuego en la cabeza, le arden las sienes.

Y doña Ana cogió la mano de D. Pedro, que colérica temblaba, y la obligó á que la aproximase á la frente de la Cigarra, como para convencerle de que era verdadera su indicación.

—¿Qué sientes?—preguntó el cura á la niña.

—Siento un dolor muy fuerte en la cabeza... Pero esto no es nada... Vámonos, señor cura...

Mientras así hablaba, se levantó del sillón y procuró andar, pero no pudo. La habitación giraba alrededor de sus ojos, y la niña, perdido el aplomo de su cuerpo, buscaba un punto de apoyo con las manos.

—¿Ve Vd., padre Hernandito? si no se tiene derecha; si no es posible que ande un solo paso por su pié.

El clérigo se mordió los labios con enojo comprimido, y cerró los párpados para no dejar conocer la oleada de furia que quiso salir por sus ojos.

—¡Ana, Ana! ¡Por Dios, mira lo que haces! No cometas alguna locura.

—¡Locura! Creo que Vd. es quien iba á cometerla, sacando á la calle en tal situación á Solita.

—No me refiero yo á esas, sino á otras locuras aún mas graves.

—¡Mas graves que la salud de esta pobre niña!

—¿No entiendes mi lenguaje? ¿Has olvidado nuestra conversacion sobre este asunto? Yo creo que sí.

La Cigarra seguía escuchando, y cada palabra de D. Pedro era á modo de aguja que le clavaban en el corazón. ¡Qué ansiedad era la suya! No, ciertamente, por curiosidad femenina, queria la muchacha que le explicasen todos estos misterios, sino porque, en su claro instinto, harto comprendía que el clérigo, doña Ana y doña Mónica, discutían en aquel vocabulario oscuro de geroglífico algo que importaba grandemente á su porvenir. Ideas distintas cruzaban por su enardecido cerebro, egendrando nuevas dudas, allí donde otras hervían y se agitaban como familia de bichos infusorios. Fabulosas soluciones venían á aumentar la densa oscuridad que tantas nieblas

condensaron en su alma; y ante su vista desarrollábase el cuadro sombrío de sus desdichas pasadas, presentes y futuras.

Oyóse entónces hácia la galería el rumor de una conversacion, y poco despues se acercaron al gabinete de doña Ana el Sr. D. Acisclo y su amigo el del Bajo-Imperio, hablando de caza, de las escopetas D' Arlignton y de todo lo demás que sabe el discreto lector.

—¡Dios mio!—dijo Mónica.—Vienen hácia aquí.

—No haya temor,—repuso el cura al oido de su hermana.—Yo explicaré la presencia de esta niña de algun modo que justifique el interés que inspira á Anita. Es el único medio posible de evitar lo que yo quiero que se evite á toda costa.

Cuando llegaron los dos caballeros, D. Pedro les saludó, y luego dijo:

—Hé aquí, D. Acisclo, una niña que he traído á su esposa de Vd. para que ella le preste su influencia en un empeño que la pobrecita tiene con Dios.

—¡Con Dios!—repitió Acisclo.

—Sí; trátase de que entre en un convento. Ella lo desea, ella lo anhela. Es pobre, tan pobre, que no tiene ni que comer siquiera.

—¡Infeliz!—dijo don Acisclo mirando á la criatura.

—Su esposa de Vd. quiere ayudarla hasta

que quede en las manos celestiales del Señor.

—¡Muy bien pensado!—afirmó el conde.

—¡Excelente idea!—dijo despues D. Acisclo.

—Pues bien; yo, discurriendo como ustedes—prosiguió el cura—la traje y... no sé si de frio ó de qué, la desdichada se desmayó.

—¡Válgame el cielo!—exclamó Añorbe, verdaderamente interesado con la desgracia de Solita.

—Su esposa de Vd. no quiere dejarla salir mientras no se restablezca.

—¡Pues no faltaba mas!—replicó D. Acisclo.—Que se quede aquí. Los que tenemos medios de tender nuestra mano al menesteroso, estamos obligados á hacerlo.

Ana miró á D. Pedro con reconocimiento, y cuando éste se despidió, estrechó su mano con efusion cariñosa

—¡Gracias, padre mio!—murmuró la señora de Añorbe.

Y allí se quedó la Cigarra, mientras D. Pedro y su hermana, tan triste la segunda, como contrariado el primero, volvian á su casa.